

De tebeo

# Las armas del artista

**A**ngel de la Calle (Molinillo de la Sierra, Salamanca, 1958) un lector habitual de cómic puede fácilmente perderle la pista. Ilustrador, crítico y divulgador, promotor de encuentros y responsable de revistas, activista de la cultura y del cómic, no se prodiga como autor. Su última obra extensa, descontados sus informales *Diarios de festival*, son los dos tomos de *Modotti, una mujer del siglo XX*, publicados en 2003 y 2005 y recopilados en un volumen en 2007.

Ha transcurrido, pues, una década larga para cuando publica *Pinturas de guerra* (Reino de Cordelia), obra con la que vuelve a su particular modo de practicar el relato en viñetas y a sus preocupaciones de siempre. En muchos sentidos, el concepto y las formas de la nueva obra retoman los de *Modotti*, título que logró difusión y reconocimiento internacionales. Pero no es que Angel de la Calle se repita buscando el éxito fácil; es que insiste en lo que constituye de toda evidencia su universo propio.

Al poco de publicar su biografía de Tina Modotti (1896-1942), fotógrafa de talento y mujer adelantada a su tiempo, Angel de la Calle comentó que una de las cuestiones que lo movieron a dibujarla fue la de por qué Modotti dejó la fotografía en 1930 para nunca más volver a practicarla. "¿Qué hace que los artistas abandonen el arte cuando adquieren compromisos políticos?", se preguntó el autor.

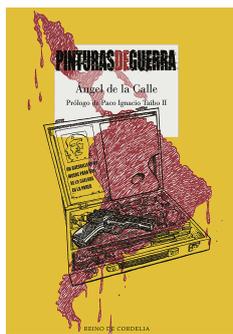
*Pinturas de guerra* vuelve a plantear la cuestión del compromiso del artista con otros

## Angel de la Calle interroga el sentido del arte entre la subversión y la represión

protagonistas, que la viven en otra época más cercana. A dicha cuestión y al ámbito artístico al que se dedican, el de la pintura, alude el título del libro.

Constituyen el relato cuatro capítulos que cabe leer separadamente pero que están relacionados entre sí, pues comparten protagonistas, sucesos y sobre todo argumentos. El primero define las coordenadas temáticas de la obra: en una mansión de Santiago de Chile en los primeros tiempos de la dictadura de Pinochet tiene lugar una velada de artistas, y críticos. Uno de ellos, buscando el baño, descubre que en el sótano de la casa torturan a prisioneros de la dictadura.

La anécdota es real y la han narrado varios autores chilenos, entre ellos Roberto Bolaño. Los protagonistas verdaderos fueron el agente de la CIA Michael Townley y su artística esposa. Angel de la Calle bautiza a su trasunto en el cómic Steve Rogers, nombre del Capitán América. La alusión vale por un



los matones ultraderechistas. Angel de la Calle plantea con crudeza la cuestión del arte y de su significación posible o imposible en la lucha política. No hay duda de cuáles son los valores éticos y estéticos que defiende. Steve Rogers, el torturador, oficia también de mercader de obras robadas o falsificadas, parásita la tarea creativa, degradándola a mercancía con la que especular. Pero si la pasión y la entrega de jóvenes que disparatan en su afán por reformular normas estéticas y políticas y defender a los desfavorecidos suscitan simpatías, éstas no aclaran la eficacia de tales esfuerzos, su sentido

y su significación. En la guerra implacable que libran quienes sostienen el entramado social, el arte es acaso un arma, pero de alcance y potencia desconocidos. La biografía de Jean Seberg que cierra el volumen constata las buenas intenciones solidarias y los fracasos de la artista por igual.

Como en *Modotti*, Angel de la Calle construye una ficción en la que él mismo figura como narrador, testigo y protagonista secundario y a la que, entre el drama con clave y el juego, incorpora guiños y alusiones a escritores y dibujantes que configuran su mundo personal. Su personaje lee incansable un libro de Philip K. Dick y entabla una amistad improbable con Juan Goytisolo y Guy Debord. Entre los figurantes de su relato aparecen Loustal y José Carlos Fernandes. Ni siquiera faltan referencias a otras historiadas del autor. Lo real se pone al servicio de la imaginación en un relato que discute el servicio de la imaginación a lo real.

Angel de la Calle lo dibuja con su peculiar estilo de línea trabajada y tramas que suplen al negro, en páginas densas de viñetas y diálogos. Se le echaba de menos.

Juan Manuel Díaz de Guereñu

Perros bailando

# Las malditas cuotas

**A** menudo me preguntan qué opino sobre las cuotas, sobre las políticas que obligan a que se asegure un número parejo de hombres y mujeres en espacios que abarcan desde las listas de un partido político hasta el jurado de un concurso. Cuando me preguntan sobre el tema, suelo responder con dos anécdotas e impresiones aparentemente opuestas. Por un lado, reconozco sentirme incómoda cuando recibo una invitación para participar en algún proyecto relacionado con el ámbito literario que se rige por cuotas (una antología de cuento, una mesa redonda...), porque la inseguridad arrecia y no puedo evitar preguntarme si los organizadores están interesados en mi trabajo o simplemente necesitan cubrir una vacante de género. Es injusto que tenga que dudar de mi valía, que el fantasma de la condescendencia siempre flote, porque un hombre, un escritor en este caso, jamás experimentará dicha duda.



A pesar de ello, apoyo el sistema de cuotas y ante las quejas de mi interlocutor, generalmente masculino, generalmente soliviantado por la discriminación positiva, esgrimo la siguiente analogía racial: en Estados Unidos, donde la educación universitaria está al alcance de muy pocos y constituye una de las principales fuentes de endeudamiento de las familias (y una de las principales vías de ascenso social), existen becas y ayudas a las que solo aspiran los alumnos afroamericanos. A priori, podría parecer injusto que dos estudiantes con las mismas notas y los mismos ingresos no tengan las mismas oportunidades por el color de su piel, pero entendemos que la comunidad negra acarrea desventajas históricas que se remontan a la época de la esclavitud, que son víctimas de una desigualdad endémica que es preciso compensar.

Las mujeres también somos descendientes de una larga estirpe de esclavas, y nuestro sometimiento no duró cien años, sino milenios. Para alcanzar un futuro igualitario, necesitamos un presente desigual que privilegie a los colectivos más débiles. Los hombres no deberían preocuparse. Su lista de privilegios sigue siendo extensa y lo será por muchos años.

Aixa de la Cruz